

FIGURAS DE LA REPUBLICA

CARLOS ESPLÁ

CARLOS Esplá ha sido nombrado subsecretario de Gobernación.

—¡Qué carrera política más rápida!—he oído comentar.

Nada de eso. La carrera política de Carlos Esplá ha sido brillante, pero no rápida. Es verdad que llega a ser subsecretario a los treinta y seis años. Pero no es menos cierto que su carrera se inicia casi en la niñez, que es cuando comienza a luchar por los ideales republicanos. Es toda una juventud consagrada por entero a un ideal, sin un desmayo, sin una vacilación, sin claudicar un punto, sacrificando en todo momento cuanto había que sacrificar. No es breve su carrera. Es muy anterior su republicanismo al 14 de Abril y muy anterior al año 1931. Es un rosario de luchas, de propagandas, de discusiones, de persecuciones, de artículos periodísticos, de detenciones, de discursos, de controversias. Y es también una línea recta. No. No ha sido breve la carrera política de Carlos Esplá.

En plena mocedad, comienza Esplá a luchar por el ideal republicano, a que ha de consagrar su existencia, en su tierra natal, en Alicante. Un grupo de muchachos, llenos de fervor y de entusiasmo, forma una falanga admirable, que se multiplica en su asombrosa actividad. Entre ellos, ocupa Esplá un lugar eminente. En seguida destaca por su entereza, que es la cualidad que le ha de distinguir toda su vida. A Esplá le costará mucho o poco—según los casos—decidirse a una cosa. Pero cuando se propone realizarla, nada ni nadie podrá detenerle. Y esto sin jactancia, sin presunción, sin hacer alardes.

Una de las primeras anécdotas de su vida es su intervención en el mitin reformista que dió Melquiades Alvarez en Alicante. Don Melquiades estaba en el comienzo de su equivocada creencia de que las formas de Gobierno son accidentales. Empezaba a coquetear con la putrefacta monarquía borbónica. Y anunció un mitin en Alicante. Esplá supo la noticia y dijo a sus amigos que había decidido ha-

marle traidor al leader reformista en cuanto tratara de hacer propaganda de su averiada teoría. Y así fué. En cuanto don Melquiades comenzó a hablar de reformismo, Esplá, que estaba entre los oyentes del entonces ruiseñor asturiano, se subió a una silla y le interrumpió:

—“Todo lo que quieras, pero tú eres un traidor.”

Y cuantas veces trató don Melquiades de hablar, tantas veces le interrumpió Esplá con la misma rotunda acusación de traidor del ideal republicano.

El mozalbeta alicantino tenía más certera visión política que el arrebatador tribuno y le daba una lección de rectitud moral.

Como le resultara de límites reducidos la vida en su provincia alicantina, Esplá se trasladó a Valencia. Allí se adscribió a una peña del café de la Democracia, en la que figuraban el malogrado Julio Blasco—heredero del formidable temperamento de su padre—, Alvarito Pascual Leone, Julio Just Gimeno, Pepe Luis Estellés, Víctor Calatayud, Enrique Malboysón, Paco Galán y Braulio Solsona, entonces refugiado en Valencia para escapar a unos procesos que le habían dado cierta popularidad de “enfant terrible” en el Palacio de Justicia barcelonés.

De esta peña salió un periódico: “Renovación”, que armó cierto barullo en la entonces encalmada política valenciana. Y de “Renovación”, que murió apenas nacido porque no tenía más que redactores y lectores, pero que carecía de elemento organizador, salió “Alma Joven”, otro periódico pujante, en el que fué también Esplá redactor de primera línea. De la organización material de “Alma Joven” se encargó un cierto navegante, hombre de turbias maquinaciones, con el que los redactores hubieron de chocar en seguida, y antes que nadie Esplá. Había éste iniciado una recia campaña contra el espionaje alemán y se encontraron los redactores con que el segundo número tropezaba con unas sospechosas dificul-

tades para salir. Aquello oía a repugnantes contactos con el consulado alemán, y en una reunión que celebraron los redactores, se tomó el acuerdo de que saliera el periódico, fuera como fuera, aunque el navegante administrativo se hubiera comprometido a otra cosa. Y Esplá recabó para sí el honor de hacer la gestión violenta. El resultado, naturalmente, fué que salió el periódico, y en él otro artículo, más fuerte que el anterior, contra el espionaje alemán.

Poco después, Azzati le llevaba a ocupar un puesto distinguido en “El Pueblo”. Allí, labor periodística anónima y cotidiana. Un poco de bohemia. Algo de desorientación. Ese proceso de dudas y de desilusiones que todos hemos pasado a esa edad, cuando vemos que nuestros entusiasmos se estrellan contra un repugnante caciquismo de casino de barriada. Y al cabo, unos artículos periodísticos, breves, atados, de un humorismo ático y agudo, que son, con otros que citaré luego, lo que más me agrada en su obra periodística.

Después, el pesimismo. En aquel ambiente no tenía nada que hacer un espíritu como el suyo. No servía ni para presidir un casino de barrio, ni para ser concejal, que era la cumbre de las aspiraciones que se agitaban en su alrededor.

Y se marchó, sin pensarlo mucho, a París. ¿A qué? No había tenido tiempo de pensarlo. A ver qué pasaba. Un periódico conservador de Valencia, “Las Provincias”, le encargaba unos artículos de París y le fijó un sueldo insignificante, que era lo único efectivo con que contaba al bajar del tren en el Quai d'Orsay. Sus artículos de “Las Provincias” son como los de “El Pueblo”, magníficos, reveladores de un escritor personalísimo, de primera fuerza, que la política le ha ganado a la literatura.

En París coincide con Francisco Madrid en un humilde hotel de la calle de Cujas, y los dos se lanzan, no a la conquista de París, que es una empresa de locura, sino a la

conquista de los periódicos españoles desde París, empresa temeraria, en la que, tanto como con el talento, hay que contar con la resistencia estómaca. Peco Madrid es el primero que se cansa y regresa a España, empujado también por la nostalgia. Y Esplá logra la corresponsalía de “Heraldo” y “Liberal” de Madrid, una plaza en la agencia Havas, una colaboración en “La Vanguardia”, de Barcelona, y, más tarde, la corresponsalía de “El Sol”. El panorama comienza a ser más agradable. Es un trabajo enorme, titánico, agotador, pero Esplá trabaja todo el día con febril actividad. Trabaja y estudia. El ayer periodista provinciano es ya un periodista internacional, preocupado por los grandes problemas universales.

La dictadura, en España. Blasco Ibáñez, el Maestro, el Patriota, abandona la literatura y desprecia la gloria mundial para consagrarse a redimir a su país de la vergüenza de la dictadura. Y Esplá se pone al lado del Maestro para ayudarle en su obra.

En aquella época Esplá es, en París, el embajador de España. Quiñones de León (E. P. D.) se convirtió en embajador de la dictadura y para que España no quedara sin un representante autorizado, Carlos Esplá asumió la representación del pueblo español en la capital francesa. Si el detentor de la representación española ocupaba la señorial residencia de la Avenida de Jorge V, Esplá en su modesto piso de la rue des Peupliers, 36, y luego en 17 Vauquelin, domicilios ambos bien conocidos de cuantos emigrados fueron a París, desterrados por la dictadura o llevados por su impulso de luchar a pecho descubierto contra el oprobio dictatorial. Allí, “España con honra” y “Hojas Libres”, los folletos de Blasco Ibáñez y la labor pintoresca y decidida para introducirlos en España y que llegaron a todas partes, las bofetadas al “Carretero Audaz”, el viaje a Valencia con don José Sánchez Guerra, las conspiraciones...

Carlos Esplá es un político